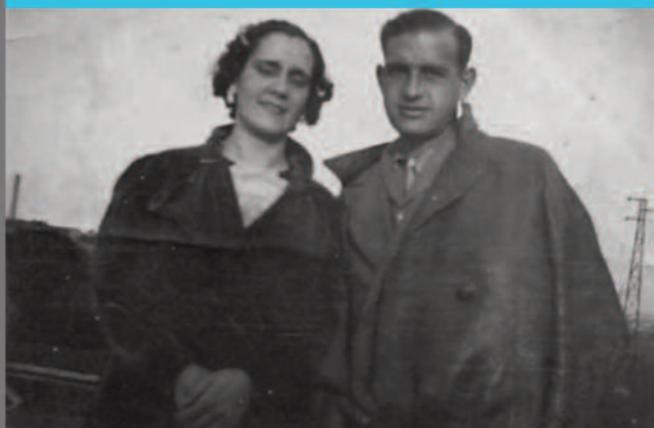


XXI EDICIÓN CERTAMEN INTERNACIONAL DE CUENTOS

«Lenteja de Oro de la Armuña»

San Quirico, 2021



“La eterna huida”

RUBÉN MAYORAL FERNÁNDEZ

Ayuntamiento de PARADA DE RUBIALES
(Salamanca)

PRIMER PREMIO DEL XXI CERTAMEN
INTERNACIONAL DE CUENTOS
“LENTEJA de ORO de la ARMUÑA”
San Quirico, JUNIO 2021



AYUNTAMIENTO DE PARADA DE RUBIALES
SALAMANCA

Edita: DIPUTACIÓN DE SALAMANCA

Producción: AYTO. DE PARADA DE RUBIALES

Maquetación: Difusión y Publicaciones
DEPARTAMENTO DE CULTURA
DIPUTACIÓN DE SALAMANCA
e-mail: ediciones@lasalina.es
www.lasalina.es/publicaciones

Depósito Legal: S. 742-2005

Imprime: OFFIPRINT

Índice

Presentación	5
MARÍA CRISTINA MARTÍN MARTÍN	
La eterna huida	7
RUBÉN MAYORAL FERNÁNDEZ	

PRESENTAMOS la XXI Edición del Certamen Internacional de Cuentos “Lenteja de Oro de la Armuña”.

Cada edición supone un gran esfuerzo, pero gracias al trabajo de todos podemos seguir hacia delante y que Parada de Rubiales siga siendo conocido internacionalmente.

Queremos agradecer a todas las personas, empresas e instituciones que han colaborado este año para que este certamen siga celebrándose. A la Diputación de Salamanca, a la Caja Rural de Salamanca, a la Facultad de Comunicación de la Universidad Pontificia de Salamanca, electricidad Ángel Hernández, Sociedad cooperativa Grupo AN, Materiales de construcción Martín García, cerámicas La Paloma y Marazzi group, a todos y cada uno de ellos muchas gracias, pues sin su ayuda no sería posible continuar con este proyecto.

MARÍA CRISTINA MARTÍN MARTÍN
Alcaldesa del Ayuntamiento de Parada de Rubiales

XXI EDICIÓN DEL CERTAMEN INTERNACIONAL DE CUENTOS
“LENTEJA DE ORO DE LA ARMUÑA”
Año 2021

Composición del jurado:

Presidenta: Dña. María Cristina Martín Martín

D. Andrés Bermejo
Profesor y poeta

D. Nicolás Borrego Hernández
Catedrático de Filosofía de Enseñanza Secundaria

Doña M. Reyes Laso González
Catedrática de Lengua y Literatura de Enseñanza Secundaria

Dña. Eva Martínez Duque
Periodista. Jefa de Prensa de la Delegación Territorial de la Junta

D. Fernando Martínez Vallvey
Catedrático de Periodismo de la Universidad Pontificia de Salamanca

Primer premio de la edición:

D. Rubén Mayoral Fernández, por el cuento “LA ETERNA HUIDA”

La eterna huida

RUBÉN MAYORAL FERNÁNDEZ

EL POETA sueña con los ojos abiertos, mientras contempla la belleza de la silueta recortada a contraluz sobre el torrente de claridad estival que invade la humilde alcoba, a través de los cristales desencajados. Un calor reconfortante reverbera feraz sobre el lánguido mobiliario: la cómoda de tres cajones que no cierran, una yacija escueta que acoge la duermevela de sus noches inquietas y el palanganero con su aguamanil, frente a la ventana. Entre aquellos ajados muebles que les asisten en su retiro, destaca un secreter desvencijado que ejerce como escritorio para quién ha hecho de las letras su baluarte; y desde el que, ahora, el poeta contempla absorto la silueta de Carmina, difuminando su mirada entre las curvas de su reflejo, hilvanando sus últimos versos con hebras de luz y sombra en torno a ella, agradable desvelo de sangre y vida que contempla desde su trinchera. Escorza la belleza de su madurez, una curva grávida de trazo fino, obra de arte inacabada que el paso del tiempo, lejos de arruinar, no ha hecho sino mejorar con su lozanía, donde se funden infinitas cicatrices de una larga vida juntos.

Carmina, acodada sobre el pasamanos, trata de atrapar la vida encerrada en aquella luz sin paragón, en aquella dulce claridad de verano que se refleja en su mirada. Sus ojos tiernos, oscuros y nítidos, son dos luceros que no han perdido un ápice del brillo seductor al que tantas palabras dedicó el poeta. Pero cuando ella desvía su mirada hacia el valle que los contempla, ésta se torna fría y se sumerge en una vigilia permanente, meditando sobre el rumbo incierto de su alocada huida. Entrecierra sus ojos y aspira la fragancia cálida y húmeda de la naturaleza que la rodea. Aquel paisaje esmeralda plagado de tejos y robles milenarios es su último reducto, un aprisco humilde donde tratan de refugiarse de la tormenta furibunda y homicida que asola España.

Las sementeras del rencor y la intolerancia, abonadas durante décadas, han germinado y eclosionado con el calor del verano. Los bandos irreconciliables han comenzado a agredirse con saña desmedida, con la crueldad macerada durante siglos por quienes creyeron ostentar el monopolio de la razón y se beneficiaron de su funambulismo, mientras atizaban la hoguera del odio. Ahora, sus hijos, emponzoñados por la propaganda que revive sus más atávicos instintos, riegan las ciudades y los campos de sangre con una crueldad nunca vista, inundando de cadáveres las acequias y las cunetas, ante el asombro de intelectuales e inductores que ahora se lamentan del resultado de sus soflamas, contritos y apesadumbrados.

El villorrio donde se ocultan descansa sobre una suave ladera que preside el valle. En una prolongación bulbosa de la misma, se alzan las ruinas señoriales de un antiguo torreón; una sucesión abigarrada de muros de piedra derruidos, sin techumbre, fagocitados por la feracidad de la espesura. Las ruinas, expoliadas durante siglos, despojadas con iniquidad de su remota identidad, descansan en silencio, fundiéndose en armonía con el paisaje. Aquel lugar legendario fue la pagoda dorada y el salón de juegos del poeta, en su lejana infancia. Muchos años después, cuando recién casado con Carmina tuvo la oportunidad de regresar a su pueblo para ejercer de maestro, fue también refugio de su inspiración para alumbrar sus primeros poemas, composiciones prístinas que indicarían el camino de la profusa obra poética que su pluma brindaría después. Entre sus ruinas, los jóvenes esposos se besaron, se amaron, soñaron con los ojos abiertos, recitaron poemas y revivieron leyendas sobre fabulosos tesoros escondidos por reyes moros olvidados entre las bambalinas de los tiempos, fábulas mitológicas o relatos de doncellas mancilladas por ícubos torticeros encarnados en despiadados señores feudales, cuyos espíritus aún pueblan los sillares cubiertos de líquenes.

Sobran los motivos para que aquel valle remoto y postrero donde los caminos terminan, el cielo es más puro y las estrellas brillan con más fuerza, haya sido el escondite elegido por Carmina para eludir la persecución y resguardarse de la tormenta que arrecia. Ella también se permite evocar en aquel lugar la felicidad de la inocencia recordando a la adolescente idealista que una vez fue, enamorada hasta la locura de aquel joven maestro imberbe que garrapateaba sus versos en los cafés y la pidió en matrimonio dulcificando su pobreza material entre la belleza de su rimas. Durante años ejercieron su oficio en la aldea, tratando de enseñar a niños humildes, criados en los bordes mismos de la civilización, la creencia de que un mundo mejor, más justo,

es posible; tratando de regalarles esperanza, que es el auténtico motor de la existencia. Ahora, algunos de aquellos niños hechos adultos, los que no fueron alejados de su raigambre por el viento salado de la emigración, les han acogido con nostalgia, reconociéndolos apenas sus pasos hollaron el camino zigzagueante que conduce al altozano.

Carmina se gira hacia el poeta y ambos se funden en una mirada única que concentra el amor de toda una vida.

Él parece ya un anciano; sus cabellos ensortijados se han vuelto plateados, su cuerpo espigado se muestra decrepito y marchito, como una rama doblada por el peso de la nieve, que medita sobre cuál será el mejor momento para quebrarse. Ella ha visto consumirse la audacia de su espíritu libre, luchador, bondadoso y amable, entre la pesadumbre que le provoca aquella guerra fratricida que asola España.

Carmina no ha dudado en arrastrar el agotado corazón del poeta a través de riscos, valles y calzadas, a pie, bajo el sol y la lluvia, hollando con dificultad el barro de los caminos enlodados por la sangre vertida, fruto de la cainita crueldad que todo lo inunda. Han dejado atrás la vorágine de dolor y muerte que los persigue, convencidos de que sólo podrán salvarse en aquel lugar onírico donde ahora se ocultan. Ella le ha arrebatado la oportunidad de poner punto y final a su obra con orgullo y desafío, de convertirse en un héroe y entregarse con hierática dignidad a la soga de los verdugos, como símbolo de una resistencia abocada al fracaso. Ambos saben que el papel y la pluma nunca podrán vencer a los fusiles, las palabras a la intransigencia, los hombres y las mujeres, solos, a la voluble ignorancia de las masas enfebrecidas por falsos profetas; pero... ¿acaso no sería éste el más hermoso de los combates?. El poeta aún cree en la belleza de la derrota, la superioridad anímica del vencido, la justicia de la causa y la inmortalidad de la hazaña, que no por estéril se vuelve menos bella. Pero ella hace tiempo ya que ha dejado de creer.

Carmina ha decidido rebelarse y reivindicar su digno derecho a ser feliz un día más, a seguir teniendo a su lado al amor de su vida, la persona con la que ha compartido todo y cuya presencia próxima anhela cada momento. Trata de evitar la tragedia; no hubiera soportado verle partir con los otros, maniatado, en la fría caja de madera de un camión, en silencio, con la mirada apagada y despojada de toda humanidad, como un animal rumbo al matadero, dispuesto a que pistoleros desalmados, al servicio de la sinrazón, le arrebatasen la vida de aquella forma ignominiosa.

Consciente de que ya nunca erigirán estatuas en su memoria, él nunca le ha reprochado su decisión de huir. Cuando sus miradas se cruzan, el poeta se deleita en la placidez que le transmite la presencia próxima de la mujer, su compañera, su musa. Juntos han vivido durante años el mayor de los gozos, que es el disfrute mutuo del ser amado, compartiendo momentos felices y penurias, éxitos y fracasos. Sin embargo, hay algo que él no le ha confesado aún a Carmina. Un dolor agudo, perseverante, se extiende por su pecho al mismo ritmo que flaquean sus latidos y el poeta intuye que no le queda mucho, víctima de una antigua dolencia cardíaca. Le cuesta respirar y cualquier esfuerzo se le antoja un muro infranqueable. Por eso considera que no sería tan arriesgada la apuesta si se sacrificase ahora, cuando inevitablemente se atisba su final. Pero también sabe que ella se resiste a admitirlo y sería capaz de arrastrarlo hasta el fin del mundo en aquel prófugo, y quizás efímero, intento de prolongar su vida, de alejarlo del destino implacable a que ha sido sentenciado.

Ya llegan.

El rumor lejano de una camioneta resuena entre los pliegues de las entrañas del recóndito valle, mientras asciende hacia el altozano sobre el que se asienta el villorrio. Al mismo tiempo, oscuros nubarrones comienzan a ocultar el sol, convirtiendo el cielo plomizo en presagio de su destino y privándoles de aquel último y reconfortante instante, que ahora se les antoja tan breve.

Ella se adentra en la habitación, resignada, y comienza a introducir el modesto equipaje en el hatillo que durante los días de huida ha portado a su espalda.

El poeta, consciente de lo que sucede, le ruega en tono sosegado:

—Huye tú, Carmina, déjame aquí. Ellos tendrán su presa y no te perseguirán.

Ella le dedica una mirada conmovida, mientras ciñe el hato a su espalda. Él prosigue:

—Matan por temor, por cobardía. En su soberbia, desprecian a las mujeres; no os temen porque creen que sois débiles... ¡si realmente supieran!... déjame, Carmina, te lo ruego, permíteme afrontar mi final con orgullo. Sálvate tú.

Carmina se acerca a él, lo besa con dulzura en los labios resecos y tira de sus brazos huesudos hacia arriba, ayudándole a incorporarse mientras susurra:

—Nos vamos.

El poeta no responde y la sigue, agotado. Sus últimos poemas han quedado abandonados sobre la tablazón humilde de aquel ajado secreter que los ha acompañado durante su breve exilio. Se pregunta por qué las mujeres no se rinden nunca; por qué la naturaleza ha puesto en su alma esa perseverancia inabarcable que desafía a todas las inclemencias de la vida, en un reto continuo y obsesivo por la pervivencia de lo que consideran suyo. No son más que dos ancianos tratando de detener el mundo con sus brazos débiles y sus manos sarmentosas, oponiéndose a la inercia vigorosa de la historia, esa ramera que todo lo alberga, tan sólo con su voluntad; con la voluntad de Carmina.

Salen de la casa apresurados, ella delante, arrastrándolo por el arreo de sus manos entrelazadas. El poeta trata de no quedarse atrás ni ralentizar demasiado la marcha, diluyendo sus jadeos en una mueca de dolor irresistible. Con cautela, escuchando el rumor lejano de la camioneta que se acerca, rodean la casa agachados tras los muretes de piedra que separan las huertas de la aldea y enfilan el sendero hacia las montañas.

Mientras, el pequeño vehículo se detiene delante de la vivienda que los albergó y vomita su siniestra carga de jovenzuelos eufóricos, uniformados con correajes y cartucheras sobre ropas civiles, armados con fusiles y dispuestos a todo. Son jóvenes embriagados por la locura colectiva, muchachos que hasta ayer no eran nada, a quienes sus semejantes evitaban. Cualquiera que esté dispuesto a vestir los emblemas de la facción, al servicio de profetas sin conciencia, ha sido elevado milagrosamente a la categoría de salvador de la patria, de héroe del pueblo, de muñidor de un mundo nuevo. Aceptan esa fuerza que los eleva por encima de la vida cotidiana, pasando de su existencia anónima a ser lisonjeados por las mujeres, las mismas que hasta anteayer desconocían su nombre y ahora prenden flores frescas en sus cartucheras; son vitoreados y homenajeados por sus patronos orgullosos, sus padres emocionados y sus vecinos exaltados; hasta las madres apesadumbradas ahogan en el silencio de la vergüenza su aflicción por verlos partir, rumbo a la carnicería. La marejada que los arrastra irrumpe con tal fuerza en sus vidas sencillas, humildes, anónimas, que exalta su credulidad y alimenta su espíritu de aventura, a la vez que los embriaga con el deseo frenético de evadirse de las cláusulas que rigen el mundo en el que viven; ese mundo injusto que hasta ayer los ignoraba y hoy libera, sin medida, los instintos más primitivos e inconscientes de la bestia humana, al servicio de una impostura.

En la lejanía, al otro lado del viento que arrastra las nubes preñadas de lluvia, el poeta percibe el eco lejano de órdenes, gritos y golpes en la distancia, entre los ladridos de los perros de la aldea, que olfatean el peligro alterados por aquella presencia ruidosa y extraña. El cielo estival se oscurece cada vez más, se torna plomizo y pesado, barruntando la inminencia de la tormenta.

Carmina y el poeta fuerzan el paso, sin mirar atrás, recorriendo la distancia que separa el pueblo del torreón. Pero en la pendiente que comunica ambas lomas, él termina desplomándose sobre los guijarros del sendero, incapaz de soportar el esfuerzo. Ella se acucilla a su lado y con dulzura enmarca su rostro entre las manos suaves y amorosas. Sus ojos lo dicen todo, son la imagen de su derrota. Su corazón se muere; el infarto avanza catalizado por el esfuerzo. El poeta trata de hablar, entre la asfixia y el dolor; hace un esfuerzo supremo mientras contempla aquel rostro bello, auténtico hilo de Ariadna que lo sujeta a la vida, que lo guía a través de aquel sucio laberinto en que se ha convertido todo.

–Déjame Carmina –murmura entre jadeos profundos y cavernosos–, no puedo más. Vive tú, ponte a salvo y honra mi memoria.

–No –responde ella en voz baja, casi susurrante.

–Por favor, Carmina..., déjame descansar.

Ella se niega a claudicar, a admitir que la injusticia arrolle aquella vida plena, que es la suya, privándola de su postrera compañía y al mundo de esos versos inmortales que quizá aún no han sido escritos. Se percata de la presencia de aquellas ruinas ancestrales y rocosas desparramadas por la ladera y busca fuerzas donde ya no quedan.

–¡Vamos!– exclama, mientras hace un esfuerzo sobrehumano para levantarlo de su postración y retomar la marcha, arrastrándolo fuera del camino, hacia el pastizal que conduce al torreón.

Un trueno lejano hace retumbar el cielo encapotado en todo el valle; caen las primeras gotas de tormenta, gruesas, lentas, pesadas y caprichosas, como si les costase alcanzar la tierra cálida y reseca.

Carmina y el poeta alcanzan, con dificultad, el torreón, que desde su atalaya contempla la escena, ahíto de falsa inocencia. Se arrastran entre los sillares de piedra y la vegetación que lo invade hasta lograr ocultarse tras un muro donde la hierba parece más mullida, agazapados al abrigo del otero sobre el que está construido el pueblo, sin otro cobijo que las ramas de los árboles que se entrelazan con el lienzo derruido del torreón. Ella es consciente de que aquel será el primer lugar donde los busquen, pero el

poeta no tiene ninguna posibilidad de llegar más allá, hacia la espesura colindante y agreste donde quizá tuvieran alguna oportunidad. Esperarán allí, en la esperanza de que pronto anochezca y remita su dolencia, para poder continuar la huida.

La tormenta se desata furibunda y caen chuzos a su alrededor; gruesas gotas de agua helada atraviesan las hojas lobuladas de los robles y golpean inmisericordes sus cuerpos indefensos, apenas cubiertos por ligeras prendas de verano. Se abrazan, ateridos por el frío, mostrando al cielo implacable su desnudez, la de dos ancianos desvalidos al límite de sus fuerzas.

Los milicianos se despliegan en diversas direcciones y comienzan a peinar los alrededores del villorrio, tenaces. No se irán sin su presa.

Bajo la lluvia, tiritando, entrelazados en aquel abrazo desesperado, el poeta se emociona embargado por una mezcla de amor y gratitud hacia ella. Las gruesas gotas de agua dulce que el cielo les arroja, enmascaran las lágrimas salobres que surcan sus mejillas. Carmina, en cambio, flaquea y no puede evitar sentir una angustia irrefrenable. Se siente desnuda, débil, impotente. Aprieta su cuerpo empapado contra el de él con todas sus fuerzas, para poder sentir una vez más el latido de su corazón; como esas veces, cada vez más frecuentes, en que sobresaltada se despierta en mitad de la noche y sólo el rumor quedo de su respiración, el temblor acompasado de su pecho próximo, es capaz de devolverla al relajo del sueño.

De súbito, una presencia ajena rompe la quietud que los envuelve. Ninguno de los dos se mueve, ni respira, como un débil y fútil pajarillo que confía a su estoica inmovilidad la única posibilidad de evitar la vigilancia escrutadora de un águila acechante. Pisadas próximas resuenan sobre el terreno anegado por la tormenta, entre el rumor intenso y ensordecedor del aguacero que no cesa.

Carmina alza su mirada y se encuentra ante sí, a pocos pasos, el abismo pérfido de la boca de un fusil que los encañona, mientras arrojan por la crudeza de su acero las trémulas gotas de lluvia. El miliciano es apenas un joven imberbe, inconsciente y bizarro, buscando desesperadamente aparentar la hombría que aún no posee. Permanece impávido, mientras les apunta con su arma bajo la lluvia, tan empapado como los dos ancianos que tiritan ante él, abrazados entre las ruinas.

Un silencio inquietante reverbera entre ellos. El tiempo transcurre y tan solo el repiqueteo de las gotas de lluvia rebotando de hoja en hoja y estrellándose contra las rocas, certifican el inexorable discurrir del mismo.

El poeta se zafa del abrazo de Carmina y aguza su vista cansada a través del aire cálido y la cortina de agua que los envuelve, para poder contemplar el rostro de su verdugo y encarar la muerte con arresto. Sin embargo, no es horror sino sorpresa la emoción que acude a su rostro al sentir la familiaridad de aquella mirada.

Eres tú, muchacho... ¿acaso no me recuerdas?

Y como si se tratase de un sortilegio, de una fórmula cabalística capaz de domeñar y sojuzgar voluntades ajenas, el miliciano baja su arma lentamente, pesaroso, mientras dirige una mirada triste y resignada a las dos almas entrelazadas que bien podrían ser sus abuelos.

—Fue alumno mío —dice el poeta a Carmina, forzando una débil sonrisa—, un buen chico, talentoso y aficionado a la poesía.

El joven no responde. Su conciencia se debate, excitada y confusa, entre la membresía de sus ideales, la esclavitud del deber y el recuerdo de tiempos más felices, en que saboreaba las mieles de los versos y el regusto fresco de la literatura junto a su anciano profesor.

El tiempo se vuelve estático y eterno. El silencio se apodera de la escena. La quemazón de aquella incertidumbre, cuando se atisba una posibilidad de enmascarar el peligro, es aún más perversa que la asunción de la tragedia inevitable. El aire se torna irrespirable.

De súbito, una tos irrefrenable se apodera del poeta, seguida de un estertor profundo que retumba en el pecho enfermo. En cuestión de segundos, un repentino síncope se apropia de él. El daño del esfuerzo ya ha labrado el surco del dolor, abriéndose paso hacia su corazón sin paliativos. No hay remedio. El poeta se retrepa lánguido entre los brazos de Carmina, reteniendo un minuto más su alma vaporosa que pugna por abandonarle, en un supremo esfuerzo para dirigirle a ella su última mirada, el epílogo de su sonrisa, su último destello vital antes de que sus ojos se vuelvan vacuos.

Pero la sombra implacable de la muerte oscurece su rostro y ella se percata de que todo ha terminado; su tragedia se ha apagado de forma breve, dulce y silenciosa. Su espíritu ya estaba muerto desde que su mundo se desgarró en dos mitades irreconciliables. Sólo había vivido aquel tiempo adicional para despedirse de ella, para admirarla una vez más, para contemplar su belleza y dedicarle unos últimos versos; aquellos que quedaron desparramados sobre el secreter. Es tan sólo su cuerpo el que se va sin estrépito, en silencio; ese resto material al que ella se había abrazado con desesperación, ese

despojo animado requerido como trofeo por los enemigos de la libertad y que ella había tratado de salvar.

En ese momento, cuando ya sólo se puede certificar su muerte y el lamento agudo de ella se eleva hacia la opacidad del cielo, alguien aparece bajo la lluvia que no cesa.

—A sus órdenes, mi teniente —recita el miliciano cuadrándose ante las dos estrellas de seis puntas de latón que refulgen bajo el aguacero.

El oficial avanza hacia la piadosa escena de los dos viejos abrazados en la frialdad de la muerte. Les mira de arriba a abajo, henchido de soberbia, antes de agacharse al lado de Carmina que, indiferente a su presencia, permanece asida al cuerpo exánime. Diestro en su cometido, despiadado incluso, registra con rapidez la chaqueta del poeta y extrae de su bolsillo la cartera con los documentos, tratando de proteger en lo posible los papeles de la lluvia y examinarlos. Tras unos segundos, vuelve a doblar cuidadosamente el pliego de cartón amarillento, lo introduce en la cartera de nuevo y se la entrega a Carmina, que la acoge en su mano temblorosa, sujetándola con dedos trémulos.

Ella permanece desconcertada y abrumada ante la hondura del abismo que se abre ante sí, arrasada por el dolor y embargada por un sufrimiento profundo que ya nunca la abandonará.

El teniente, se gira hacia el miliciano y grita a viva voz, con frialdad calculada, antes de iniciar con paso firme el retorno hacia la aldea:

—¡No es el hombre que buscamos!... Este solo era un poeta.

Carmina, empapada, encogida, arrugada, abrazada a su cadáver, incrédula, estremecida, siente cómo aquella revelación del teniente socava los cimientos de su cordura, relegándola a la más absoluta culpabilidad y sumiéndola en el mayor de los remordimientos; convirtiéndola en única dueña de un pecado inabarcable que ninguna fuerza, celestial o humana, podrá perdonarle.

La tormenta no amaina, sino que se recrudece.

El muchacho, terciando su fusil a la espalda y comprendiendo la tragedia, se agacha al lado de Carmina y le susurra, a través del fragor del aguacero:

—Yo le ayudaré a enterrarlo, aquí, entre las ruinas del torreón. Creo que a él le hubiera gustado descansar en este lugar mágico, a salvo de la historia.

Organiza:



AYUNTAMIENTO DE
PARADA DE RUBIALES

Colaboran:



Diputación
de Salamanca

Cultura

Ediciones



Facultad de Comunicación

UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SALAMANCA

Patrocinadores:

